

FONS
A. VILADOT

ORIENTACIONES

EL
CADENA

Nº 5

50 PTS.



JULIUS EVOLA

25/11/17
- 25/11/17 - 17

ORIENTACIONES

Julius EVOLA

TRADUCCION: SOL MUÑOZ LAFITA

1. Es inútil hacerse ilusiones mediante la quimera de cualquier optimismo: en nuestros días nos hallamos en el final de un ciclo. Con el transcurso de siglos, primero imperceptiblemente, después como el movimiento de una masa que se desploma, múltiples procesos han destruido en Occidente todo ordenamiento moral y legítimo de los hombres, han falseado incluso la más alta concepción del vivir, de la acción, del conocimiento y del combate. Y el movimiento de esta caída, su velocidad, su vértigo ha sido llamado 'progreso'. Y a este 'progreso' han sido dedicados himnos con la ilusión de que esta civilización —civilización de materia y máquinas— es la civilización por excelencia, la cual habría estado predeterminada por toda la historia anterior del mundo: finalmente, las consecuencias últimas de todo este proceso fueron tales que obligaron a algunos a despertar.

Dónde, y bajo que símbolos se intentaron organizar las fuerzas de una posible resistencia es notorio. Por un lado, una nación que desde su unificación no había conocido más que el mediocre clima del liberalismo, de la democracia y de la monarquía constitucional tuvo la osadía de recoger el símbolo de Roma como base para una nueva concepción política y para un nuevo ideal de virilidad y dignidad. En otra nación, que en el Medioevo había hecho suyo el principio romano del 'Imperium', fuerzas análogas se despiertan para reafirmar el principio de autoridad y la primacía de todos aquellos valores que tienen sus raíces en la sangre, en la raza y en los instintos más profundos de una estirpe. Y mientras en otras naciones europeas algunos grupos se orientan en el mismo sentido, una tercera fuerza se alinea en el mismo campo de combate: la nación de los samurai, en la que la adopción de las formas externas de la civilización moderna no había perjudicado la fidelidad a una tradición guerrera, centrada en el símbolo del Imperio solar de derecho divino.

No se pretende que en estas corrientes la distinción entre lo esencial y accesorio fuese nítida, que en ellas las ideas tuvieran paralelamente una

adecuada persuasión y calificación de la persona, que hubieran sido superadas varias influencias de las mismas fuerzas que se debían combatir. El proceso de purificación ideológica hubiera podido tener lugar en un segundo tiempo, una vez que hubieran sido resueltos algunos problemas políticos inmediatos e improporrogables. Pero incluso así, era evidente que una concentración de fuerzas estaba tomando cuerpo, en desafío abierto frente a la llamada civilización 'moderna', tanto para las democracias herederas de la revolución francesa, como para la representación del límite extremo de la degradación del hombre occidental: la civilización colectivista del Cuarto Estado, la civilización proletaria del hombre-masa anónimo y sin rostro. El ritmo de velocidad se aceleró, se acentuó la tensión hasta que tuvo que llegar el choque armado de las fuerzas en pugna. Lo que prevaleció fue el poder bruto de una coalición que no retrocedió ante la alianza con los más opuestos intereses y a la más hipócrita movilización ideológica para aplastar un mundo que estaba poniéndose en pie y que intentaba afirmar su derecho. Si nuestros hombres estuvieron o no a la altura de su empresa, si fueron cometidos errores en cuanto a oportunidad, completa preparación, medida del riesgo, dejamos todo esto al margen, ya que esto no perjudica el significado interno de la lucha que se produjo. Al mismo tiempo; no nos interesa que hoy la historia se venga de los vencedores, que, por una justicia immanente, las potencias democráticas, tras haberse aliado con las fuerzas de la subversión roja para llevar la guerra hasta el insensato extremismo de la rendición incondicional y la destrucción total, hoy vean volverse contra ellas a sus aliados de ayer como un peligro mucho más terrible que lo que querían conjurar.

Lo único que cuenta es esto: hoy nos encontraremos en medio de un mundo en ruinas. Y el problema es este: ¿existen aún hombres en pie en medio de estas ruinas? ¿Y qué cosa deben o pueden aún hacer?

2. Aquí tenemos que restringir los horizontes y limitamos a lo que atañe a nuestra nación. Primeramente debemos reconocer que las destrucciones que tenemos a nuestro alrededor son más bien de carácter moral y espiritual que de naturaleza material, económica o social. No hay nada que no se pague: el destino relativamente mejor —si lo comparamos con las otras naciones vencidas— que la traición y la deserción nos han deparado, tiene su contrapartida en un desfallecimiento interior, en un marasmo ideológico, en un decaimiento del carácter y de toda dignidad. Reconocer esto significa también reconocer que el problema principal, base de cualquier otro, es de carácter interno: realizarse, resurgir interiormente, tomar una forma, crear en sí mismo un orden y una rectitud. Nada ha aprendido de las lecciones del pasado reciente quien hoy se ilusiona, aún, a propósito de las posibilidades de una lucha puramente política y acerca del poder de una u otra fórmula o sistema, si no se parte, ante todo, de una nueva calidad humana. Este es un principio que hoy más que nunca debería tener una evidencia absoluta: si un Estado tuviera un sistema político o social que, en teoría, valiera como el más perfecto, pero en el cual el

soporte humano fuese tarado, entonces este Estado descendería antes o después al nivel de la sociedad más baja, mientras que, por el contrario, una raza capaz de engendrar hombres verdaderos, hombres de sentir justo y de instinto seguro, alcanzaría un alto nivel de civilización y se mantendría en pie, firme frente a las más arduas y calamitosas pruebas, a pesar de que su sistema político fuera deficiente o imperfecto. Hay que tomar pues una precisa posición contra el falso "realismo político" que piensa sólo en términos de programas, de problemas de organización partidistas, de recetas sociales y económicas. Todo esto es contingente, no esencial. La medida de lo que aún puede ser salvado depende, al contrario, de la existencia, al menos, de hombres que vivan no para predicar fórmulas, sino para ser ejemplos, no para ir al encuentro de la demagogia y del materialismo de las masas, sino para despertar diferentes formas de sensibilidad y de interés. Partiendo de lo que, pese a todo, sobrevive entre las ruinas, reconstruir lentamente un hombre nuevo, animado mediante un determinado espíritu y una adecuada visión de la vida, fortificado mediante la adhesión férrea a ciertos principios. Este es el verdadero problema.

3. En el sentido espiritual, existe efectivamente algo que puede servir como orientación para nuestras fuerzas de resistencia y alzamiento: este algo es el espíritu legionario. Es la actitud de quien sabe elegir el camino más duro, de quien sabe combatir, aun sabiendo que la batalla está materialmente perdida, de quien sabe revivir y convalidar las palabras de la antigua saga: "La fidelidad es más fuerte que el fuego", saga a través de la cual se afirmó la idea tradicional, que es el sentido del honor y de la vergüenza de la deshonra. No se trata de pequeñas medidas sacadas de pequeñas moralinas; esto es lo que crea una diferencia substancial, existencial entre los seres humanos, casi como entre una raza y otra distinta.

Ahora tenemos que separar este espíritu de las fórmulas ideológicas más o menos problemáticas que en aquel periodo fueron esbozadas y que algunos, hoy, erróneamente, cambian en lo esencial haciéndolas sus banderas; ese espíritu debe ser aceptado en su estado puro y extenderlo de su tiempo de guerra al tiempo de paz, de esta paz sobre todo, pues no es más que una tregua y un desorden malamente contenido, hasta que se determine una discriminación y un nuevo orden de batalla en formación. Esto debe realizarse en términos mucho más esenciales de los que se dan en un "partido", que puede ser sólo un instrumento contingente en previsión de determinadas luchas políticas; en términos más esenciales también que en un simple "movimiento", si por "movimiento" se entiende un fenómeno de masas, un fenómeno cuantitativo más que cualitativo, basado más en factores emotivos que de severa y clara adhesión a una idea. De lo que se trata es más bien de una revolución silenciosa, de origen profundo, que tiene que ser resultado de que sean creadas en el interior del individuo las premisas de ese (nuevo) orden que, después tendrá que afirmarse también en el exterior del individuo, aplastando fulminantemente, en el justo momento, las formas y las fuerzas de un mundo de decadencia y de subversión. El "estilo" que debe imperar en el de quien se

...mantiene sobre posiciones de fidelidad a sí mismo y a una idea, en una intensidad conjunta, en una repulsión por toda conveniencia, en un empeño total que se debe manifestar no sólo en la lucha política, sino también en toda expresión de la existencia: en la oficina, en el lugar de trabajo, en la Universidad, en la calle, en la misma vida personal de los afectos y sentimientos. Se tiene que llegar al punto de que el tipo humano que queremos —que tiene que ser la substancia celular de nuestras tropas en formación— sea reconocido inconfundiblemente, diferenciado y puede decirse de él: "Es alguien que actúa como un hombre del Movimiento".

Esto mismo quiso hacer ayer la revolución pero varios factores múltiples lo impidieron. Hoy, en el fondo, las condiciones son mejores porque no existen equívocos y basta mirar alrededor desde la calle hasta el Parlamento, para que las vocaciones sean puestas a prueba y se obtenga, claramente, la medida de lo que nosotros 'no' debemos ser. Ante un mundo podrido cuyo principio es: "Haz lo que veas hacer" o también "Primero el estómago, el 'pellejo' y después la moral" o también "Estos no son tiempos en que se pueda uno permitir el lujo de tener un carácter", o finalmente: "Tengo una familia que alimentar", nosotros oponemos esta norma de conducta, firme y clara: "Nosotros no podemos actuar de otra forma, este es nuestro camino, esta es nuestra forma de ser". Todo lo que de positivo se podrá obtener hoy o mañana, nunca se obtendrá mediante la habilidad de los agitadores y de los politicastos, sino a través del natural prestigio y el reconocimiento por parte de los hombres —ya maduros y mejor aún, por parte de las nuevas generaciones—, lo cual se obtendrá en tanto y cuando seamos capaces de actuar en nombre y con la garantía de la idea.

4. Es pues una substancia nueva la que tiene que surgir (en substitución de la podrida y desviada, creada en el clima de la traición y de la derrota), en un lento avance más allá de los cuadros, de los rangos y de las posiciones sociales del pasado. Es, se trata de una figura nueva que debemos tener ante la vista, para poder medir la propia fuerza y la propia vocación. Esta figura, es importante y fundamental reconocerlo, no tiene nada que ver con las clases, las categorías sociales y económicas ni con las antítesis que le son relativas. Dicha figura podrá manifestarse en el papel del rico como en el del pobre, del obrero como del aristócrata, del emprendedor como del investigador, del técnico, del teólogo, del agricultor, del hombre político en su estricto sentido. Pero esta nueva substancia tendrá una diferenciación interior, la cual será perfecta cuando, de nuevo, no haya duda acerca de las vocaciones que hay que seguir y del sentido de mando, cuando un pristino símbolo de autoridad absoluta reine en el centro de las nuevas estructuras jerárquicas.

Esto nos marca una dirección tanto antiburguesa como antimarxista, una dirección totalmente limpia de la contaminación democrática y de las mentiras "sociales" y por consiguiente, directa hacia un mundo claro, viril, articulado, hecho por hombres y por capitanes de hombres. Desprecio

—tenemos— por el mito burgués de la "seguridad", de la mezquina vida estandarizada, conformista, domesticada y 'moralizada'. Desprecio por el vínculo anodino propio de todo sistema colectivista y mecanicista y por todas las ideologías que confieren a los confusos valores 'sociales' primacía sobre los valores heroicos y espirituales, por medio de los cuales, se debe definir, para nosotros, en todos los dominios, el tipo del hombre verdadero, de la persona absoluta. Algo esencial será conseguido cuando se despierte nuevamente el amor por un estilo de impersonalidad activa, en el cual lo que cuenta es la obra y no el individuo, por el cual seamos capaces de considerar como lo importante no a nosotros mismos, sino la función, la responsabilidad, la tarea que se acepta, el fin perseguido. Allá donde este espíritu se afirme, se simplificarán muchos problemas de orden también económico y social, los cuales quedarían sin solución si se afrontaran desde el exterior, sin la previa eliminación de la infección ideológica que ya, de partida, perjudica todo retorno a la normalidad e incluso la misma percepción de lo que significa normalidad.

5. No sólo como orientación doctrinal, sino también respecto al mundo de la acción, es importante que los hombres alineados en la nueva confrontación reconozcan con exactitud la concatenación de las causas y de los efectos y la continuidad esencial de la corriente que ha dado vida a las varias formas políticas que hoy se debaten en el caos de los partidos. Liberalismo, después democracia, después socialismo, después radicalismo, en fin, comunismo o bolchevismo no han aparecido históricamente sino como grados de un mismo mal, como estadios que prepararon sucesivamente el complejo proceso de una caída. El principio de esta caída está en el punto en el que el hombre occidental rompió los vínculos con la tradición, desconoció cada símbolo superior de la autoridad y de la soberanía, reivindicó para sí mismo como individuo una libertad vana e ilusoria, se convirtió en un átomo en vez de parte integrante de la unidad orgánica y jerárquica de un todo. El átomo, finalmente, tenía que chocar contra la masa de los otros átomos, de los de más individuos y ser envuelto en medio de la emergencia del reino de la cantidad, del puro número, de la masa materializada, no teniendo otro Dios que la economía soberana. Y este proceso no se detiene a mitad de camino. Sin la revolución francesa, sin el liberalismo y la revolución burguesa no se habría dado el constitucionalismo y la democracia, sin la democracia no se habría dado el socialismo, sin la preparación del socialismo no se habría producido ni el radicalismo ni, finalmente, el comunismo. El hecho de que estas varias formas hoy se presenten una junto a la otra o antagónicamente, no debe impedir reconocer para un ojo avizor que esas formas se mantienen unidas, se enlazan, se condicionan recíprocamente y solamente expresan los distintos grados de una misma corriente, de una misma subversión del orden social normal y legítimo. Así la gran ilusión de nuestro tiempo es que la democracia y el liberalismo sean la antítesis del comunismo y tengan el poder de contrarrestar la marea de las fuerzas

bajas, de lo que en la jerga se llama el movimiento 'progresista'. Ilusión: como quien dijese que el crepúsculo es la antítesis de la noche, que el grado incipiente de un mal sea la antítesis de su forma aguda y endémica, que un veneno diluido sea la antítesis de ese mismo veneno en su estado puro y concentrado. Los hombres de gobierno de esta Italia "liberada" no han aprendido nada de la historia más reciente, cuyas lecciones se han repetido por todas partes hasta la monotonía, y continúan su juego removedor con concepciones políticas caducas y vanas en el carnaval parlamentario, cual danza macabra sobre un volcán latente. Pero para nosotros, en cambio, debe ser característico el coraje del 'radicalismo', el 'no' dicho a la decadencia política en todas sus formas, sea de izquierda, sea de una presunta derecha. Y sobre todo, se debe ser consciente de que con la subversión no se pacta, que hacer concesiones hoy significa condenarse y ser arrollado completamente mañana. Intransigencia de la idea, por tanto, y rapidez en avanzar con las fuerzas puras cuando llegue el momento adecuado.

Esto implica naturalmente también desembarazarse de la distorsión ideológica, desdichadamente difundida también entre una parte de nuestras juventudes, por la cual se conceden coartadas para la destrucción ya ocurrida, engañándose al pensar que esas destrucciones, después de todo, eran necesarias y servían al 'progreso'; creen que se debe combatir por cualquier cosa "nueva", oculta en un indeterminado porvenir, en vez de por las verdades que nosotros ya poseemos, porque estas verdades, aunque bajo diversas formas de aplicación, siempre y en todas partes han servido de base a todo tipo recto de organización social y política. Rechazad estos caprichos. Y reiros de quien os acuse de 'antihistóricos' y 'reaccionarios'. No existe la Historia como entidad misteriosa escrita con letra mayúscula. Son los hombres, mientras éstos son realmente hombres, quienes hacen y deshacen la historia; el así llamado 'historicismo' es más o menos la misma cosa que en los ambientes de izquierda llaman 'progresismo' y este sólo una cosa fomenta hoy: la pasividad frente a la corriente que aumenta y empuja siempre hacia abajo. Y en cuanto al 'reaccionarismo', preguntad: ¿Qué quereis, que mientras vosotros actuáis, destruyendo y profanando, nosotros no reaccionemos, sino que nos quedamos mirandoos y más aún, os animemos: bravo, continuad? Nosotros no somos reaccionarios solamente porque la palabra no es suficientemente fuerte y sobre todo, porque nosotros partimos de lo positivo, representamos lo positivo, a valores reales y originarios, que no necesitan de ningún "sol del porvenir".

Frente a nuestro radicalismo, en particular, aparece irrelevante la antítesis entre "el Este" y "el Oeste", entre el "Oriente" rojo y el "Occidente" democrático, y asimismo, nos parece trágicamente irrelevante incluso el eventual conflicto armado entre estos dos bloques. De cara a un tiempo inmediato, subsiste ciertamente clara la elección del mal menor, porque la victoria militar del "Este" implicaría la destrucción física inmediata de los últimos exponentes de la resistencia. Pero en un plano ideal, la URSS y

los Estados Unidos de América deben considerarse como las dos garras de una misma tenaza que se va apretando alrededor de Europa. En dos formas distintas, pero convergentes, actúan estas fuerzas, extrañas y enemigas. Las formas de estandarización, de conformismo, de nivelación 'democrática', de frenesí productivo, de más o menos prepotente y explícito 'brains trust', de materialismo común en el 'americanismo' pueden servir sólo para allanar el camino para la fase ulterior, que está representada, sobre la misma dirección, en el ideal puramente comunista del hombre-masa. El carácter distintivo del 'americanismo' es que su ataque a la calidad y la personalidad no se realiza mediante una brutal coacción de una dictadura proletaria y de un pensamiento de Estado, sino casi espontáneamente, a través de las vías de una civilización que no conoce otros valores más altos que la riqueza, rendimiento, producción ilimitada, que es lo que por exasperación y reducción al absurdo Europa eligió, y los mismos motivos han tomado forma o la están tomando. Pero primitivismo, mecanicismo y brutalidad están tanto en una como en otra parte. En un cierto sentido, el 'americanismo' para nosotros 'es más peligroso que el bolchevismo: por ser una especie de caballo de Troya. Cuando el ataque contra los valores residuales de la tradición europea se efectúa en la forma directa o desnuda propia de la ideología bolchevique y del estalinismo, aun se despierta una reacción, ciertas líneas de resistencia que, aunque caducas, se pueden mantener. De otro modo suceden las cosas cuando el mismo mal actúa de forma más sutil y las transformaciones acontecen imperceptiblemente en el plano de las costumbres y de la visión general de la vida, como sucede en el caso del 'americanismo'. Sufriendo ligeramente esta influencia bajo el signo de la libertad democrática, Europa se predispone ya a su última abdicación, tanto que podrá incluso suceder que no haya necesidad de una catástrofe militar, sino que por vía "progresiva" se llegue, tras una última crisis social, más o menos al mismo punto. De nuevo, en la mitad del camino no se para. El 'americanismo', lo quiera o no, trabaja a favor de su aparente enemigo, el colectivismo.

6. No sin relación con esto, nuestro radicalismo de la reconstrucción exige que no se transija no sólo con ninguna de las variedades de la ideología marxista o socialista, sino tampoco con aquello que en general se puede llamar la 'alucinación' o el 'demonio de la economía'. Se trata aquí, de la idea de que en la vida individual y colectiva el factor económico sea lo más importante, real, decisivo; que la concentración de los valores e intereses en el plano económico y productivo no sea la aberración sin precedentes del hombre occidental moderno, sino algo normal, no una brutal y eventual necesidad, sino algo que se desea y exalta. En este círculo 'cerrado y oscuro' se encuentran encerrados tanto el capitalismo como el marxismo. Nosotros debemos romper ese círculo. Mientras no se sepa hablar más que de clases económicas, de trabajo, de salarios, de producción, mientras se piense que el verdadero progreso humano, la verdadera elevación del individuo esté solamente condicionado por un parti-

cular sistema de distribución de la riqueza y de los bienes y tenga relación con la pobreza y el bienestar, con el estado de la "prosperity" USA o con el socialismo utópico, nos quedaremos siempre en el mismo plano de lo que combatimos. Nosotros afirmamos: que todo aquello que es economía e interés económico como mera satisfacción de la necesidad animal ha tenido, tiene y siempre tendrá una función subordinada en una humanidad normal; que más allá de esta esfera debe diferenciarse un orden de valores superiores, políticos, espirituales y heroicos, un orden que —como ya hemos dicho— no conoce y ni siquiera admite 'proletarios' o 'capitalistas' y sólo en función del cual orden se deben definir aquellas cosas por las que vale la pena vivir y morir, debe establecerse una verdadera jerarquía, se deben diferenciar nuevas dignidades y, en la cumbre, debe entronizarse la superior función del mando, de 'imperium'.

Así, a este respecto van a desarraigarse muchas malas yerbas que han crecido también en nuestras filas. ¿Qué significa, si no, ese hablar de "Estado del Trabajo", de "socialismo nacional", de "humanismo del trabajo" y similares? ¿Qué significan esas instancias más o menos declaradas para englobar la política dentro de la economía, recogiendo casi una de esas tendencias problemáticas hacia un 'corporativismo integral' y, en el fondo, acéfalo, que en el fascismo ya encontró, afortunadamente, el paso obstruido? ¿Qué es eso de considerar la fórmula de la 'socialización' como una especie de fármaco universal y eso de elevar la 'idea social' a símbolo de una nueva civilización que, quien sabe cómo, debería estar más allá de "Oriente" como de "Occidente"?

Estos —es necesario reconocerlo— son puntos oscuros presentes en no pocos espíritus que, también, por otra parte, se encuentran en nuestro mismo frente. Con lo cual ellos piensan que se mantienen fieles a una consigna 'revolucionaria', mientras obedecen sólo a sugerencias más fuertes que ellos mismos, de las que está saturado el ambiente político degradado. Y entre tales sugerencias se encuentra la misma "cuestión social". ¿Cuándo nos daremos finalmente cuenta de la realidad, o sea de que el marxismo no ha surgido porque haya existido una cuestión social objetiva, sino que la cuestión social surge —en numerosísimos casos— sólo porque existe un marxismo, vale decir, artificialmente y sin embargo, en términos casi siempre insolubles, por obra de los agitadores, de los famosos "excitadores de la conciencia de clase", sobre los que Lenin se ha expresado muy claramente, puesto que ha refutado el carácter espontáneo de los movimientos revolucionarios proletarios?

Es partiendo de esta premisa desde donde se debería actuar, en el sentido antedicho de la 'desproletarización' ideológica, de la desinfección de las partes aún sanas del pueblo del virus político socialista. Sólo entonces una y otra reforma podrá ser estudiada y realizada sin peligro, según la verdadera justicia.

De este modo, como caso particular, se verá según qué espíritu la idea corporativa puede ser de nuevo una de las bases de la reconstrucción; corporativismo no tanto como un sistema general de composición estatal y

casi burocrática que mantenga la idea nociva de opuestas formaciones clasistas, sino como exigencia, que en el mismo interior de la empresa reconstruya esa unidad, esa solidaridad de fuerzas diferenciadas, que la prevaricación capitalista (con el sustituido tipo parasitario del especulador y del capitalista-financiero) por un lado, y la agitación marxista, por otro lado, han perjudicado y roto. Es necesario restituir a la empresa una forma de unidad casi militar, en la cual al espíritu de responsabilidad, a la energía y a la competencia de quien dirige, se acompañan de la solidaridad y la fidelidad de las fuerzas laborales asociadas alrededor de él en la común empresa o misión. Entendido en su aspecto positivo y legítimo, este es el sentido de la misma "socialización": designación, por tanto, poco adecuada, puesto que se trata mas bien de una reconstrucción orgánica de la economía en la empresa, de lo que se debería hablar mientras deberíamos guardarnos, con el uso de la fórmula de objetivo puramente propagandístico, de estimular el espíritu de sedición de las masas disfrazado de 'justicia social' proletaria. En general, debería recuperarse el mismo estilo de impersonalidad activa, de dignidad, de solidaridad en la producción, como fue el estilo propio de las antiguas corporaciones o gremios de artesanos y profesionales. Pero repitámoslo, a esto se debe llegar partiendo desde el interior. Lo importante es que contra toda forma de resentimiento y de rivalidad social cada uno sepa reconocer y amar su propio puesto, aquel que verdaderamente está conforme a la propia naturaleza, reconociendo así los límites dentro de los cuales él puede desarrollar sus posibilidades y conseguir una propia perfección; porque un artesano que desempeña perfectamente su función es indudablemente superior a un rey que se desvía y no esté a la altura de su dignidad.

En particular, podemos admitir un sistema de competencias técnicas y de representaciones corporativas para sustituir al parlamentarismo de los partidos; pero debe tenerse presente que las jerarquías técnicas en su conjunto, no puede significar nada más que un grado en la jerarquía integral: éstas se refieren al orden de los medios, que han de subordinarse al orden de los fines, al cual por tanto corresponde la parte propiamente política y espiritual del Estado. Hablar pues de un "Estado del Trabajo" o de la producción equivale a hacer de la parte un todo, equivale a reducir un organismo humano a sus funciones simplemente físico-vitales. Ni una cosa tal, oscura y obtusa, puede ser nuestra bandera, ni la misma idea social. La antítesis verdadera tanto frente a "Occidente" como a "Oriente" no es el 'ideal social'. Lo es, en cambio, 'la idea jerárquica integral'. Respecto a esto ninguna incertidumbre es tolerable.

Si la idea de una unidad política viril y orgánica fue ya parte esencial del mundo que fue trastocado —y de él; nosotros evocamos de nuevo el símbolo romano— debemos también reconocer los casos en los cuales ésta exigencia se desvió y abortó hacia la dirección equivocada. Esto, de nuevo, es un punto que se debe ver con claridad, a fin de que la diferencia entre los frentes sea precisa y para que no se suministren armas a quienes quieren confundir las cosas. Jerarquía no es jerarquismo (un mal, éste,

que, desgraciadamente, intenta pulular en tono menor), y la concepción orgánica nada tiene que ver con la esclerosis estatolátrica y una centralización niveladora. En cuanto a los individuos, la verdadera superación, sea del individualismo como del colectivismo, se da solamente cuando los hombres se encuentran frente a los hombres, en la diversidad natural de su ser y de su dignidad, teniendo gran importancia el antiguo dicho de que "la suprema nobleza de los jefes no es la de ser amos de siervos, sino señores que aman la libertad también de quienes les obedecen". Y en cuanto a la unidad que debe impedir, en general, cualquier forma de desunión o disociación y de absolutización de lo particular, tiene que ser esencialmente espiritual, debe ser y tener una influencia central orientadora, un impulso que, según los dominicos, asume las formas más diferenciadas de expresión. Esta es la verdadera esencia de la concepción 'orgánica'. En este aspecto la exigencia de la libertad y de la dignidad de la persona humana, que el liberalismo sabe concebir solamente en términos individualistas, igualitarios y privados, pueden realizarse íntegramente. Es en este espíritu en el que las filas de la nueva alineación se van a encuadrar y en el que las estructuras de un nuevo ordenamiento político-social van a ser estudiadas, para dar unas claras y firmes articulaciones.

¶ Pero estas estructuras necesitan un centro, un punto supremo de referencia. Es necesario un nuevo símbolo de soberanía y de absoluta autoridad. La consigna a este respecto tiene que ser precisa, puesto que no podemos admitir tergiversaciones ideológicas. Se debe decir claramente que aquí no se trata precisamente del así llamado problema institucional; se trata ante todo, de aquello que es necesario para lograr un 'clima' específico que haga posible el fluido que debe animar toda relación de fidelidad, de dedicación, de servicio, de acción desinteresada, hasta el punto de superar al gris, mecanicista y torcido mundo político actual. En este camino, hoy se acabará en un callejón sin salida, si no se es capaz de asumir una especie de accessus de la idea pura. A muchos de los nuestros, la percepción clara de la dirección justa le viene perjudicada tanto por algunos antecedentes poco felices de nuestras tradiciones nacionales como por las trágicas contingencias de un ayer. Nosotros podemos, también, declarar la incompatibilidad con la dirección monárquica, cuando vemos que quienes la defienden, sólo defienden el residuo de una idea, un símbolo vacío y desvirilizado, cual es el de la monarquía constitucional y parlamentaria. Pero del mismo modo debemos declarar nuestra incompatibilidad con la idea republicana. Ser antidemócrata por un lado, y por otro defender 'ferozmente' (ésta es desgraciadamente la terminología de algunos exponentes de la falsa intransigencia) la idea republicana es un absurdo tangible: la república (en su representación actual, pues las repúblicas antiguas fueron de la aristocracia -Roma- o de la oligarquía, éstas a menudo con carácter de tiranías) pertenece esencialmente al mundo surgido a través del jacobinismo y de la subversión antitradicional y anti-jerárquica del siglo XIX. Y se debe dejar a ese mundo lo que no es del nuestro. No se vaya a jugar al equívoco en nombre de una presunta

fidelidad al fascismo de Saló, porque si, por esta razón se debiera seguir la falsa vía republicana, en este mismo punto se sería infiel a algo superior, se tiraría por la borda el núcleo central de la ideología fascista, es decir, su doctrina del Estado en función de autoridad, de poder, de 'imperium'.

Esta es la doctrina que se debe seguir, sin consentir en bajar de nivel ni hacer el juego a ningún grupo. La concretización del símbolo, por ahora, la dejamos indeterminada. Digamos sólo: Jefe, Jefe del Estado. Aparte de esto, el principal y esencial deber es preparar silenciosamente el ambiente espiritual adecuado para que el símbolo de la autoridad intangible sea sentido y readquiera su pleno significado: al cual no puede corresponder cualquier revocable "presidente" de república, ni siquiera un tribuno o jefe popular, detentador de un simple poder individual informe, sin otra confirmación superior que el precario prestigio que le dan las fuerzas irracionales de la masa. Esto es a lo que alguien ha llamado "bonapartismo", cuyo justo significado no es antitético a la democracia demagógica o "popular", sino su lógica conclusión: el "bonapartismo" es una de las oscuras apariciones del espengleriano "ocaso de Occidente". Esta es otra piedra de toque para los nuestros: la sensibilidad respecto a todo esto. Ya un Carlyle había hablado "del mundo de los siervos que quieren ser gobernados por un pseudo-Héroe" no por un señor.

8. En un análogo orden de ideas se debe precisar otro punto. Se trata de la posición que se debe tomar de cara al nacionalismo y a la idea genérica de patria. Esto es especialmente oportuno en cuanto que hoy, muchos, intentando salvar aún lo salvable, querrian hacer valer otra vez una concepción romántica, sentimental y al mismo tiempo naturalística de la nación, con una noción extraña a la más alta tradición política europea y poco conciliable con la misma idea de Estado de la que ya se ha hablado. Prácticamente, como en estos tiempos, cuando es precisa la formación de grandes frentes internacionales definidos por una idea, no se puede entender que se pueda insistir en la fórmula de una piadosa 'pacificación nacional' o 'solidaridad de los hijos de una tierra común' cuando hemos visto cómo la idea de patria ha podido ser invocada por los nuestros retóricamente, e hipócritamente por las partes más opuestas y también por quienes están a sueldo de la subversión roja. Pero más esencial es la cuestión de principio. El plano político en cuanto tal es el de la unidad superior respecto a las unidades definidas en términos naturalistas como son aquéllas que se corresponden a las nociones genéricas de nación, patria, pueblo. En este superior plano, lo que une y desune es la idea, una idea llevada por una determinada 'élite' y tendiente a concretarse en el Estado. Por eso la doctrina fascista —que sobre esto permaneció fiel a la mejor tradición política europea—, dando a la Idea y al Estado la primacía respecto a nación y pueblo y entendiendo nación y pueblo sólo dentro del Estado, nación y pueblo adquieren un significado, una forma y participan en un grado superior de existencia. Justamente en periodos de crisis, como el actual, es necesario mantenerse firmes en esta doctrina. En

la Idea se reconoce nuestra verdadera patria. No es el ser de una misma tierra o de una misma lengua, sino el ser de una misma idea es lo que hoy cuenta. Esta es la base, el punto de partida. A la unidad colectiva de la nación —des enfants de la patrie— como siempre ha predominado desde la revolución jacobina en adelante, nosotros oponemos algo cual es un Orden, hombres fieles a principios, testimonios de una autoridad superior y legitimidad procedente exactamente De la Idea. Por cuanto a los fines prácticos se refiere, hoy sería ausplicable ir hacia una nueva solidaridad nacional siempre que no se descienda, para alcanzarla, a compromisos; el presupuesto, sin el cual todo resultado sería ilusorio, es aislarse y dar forma a un frente definitivo de la Idea —como idea política y visión de la vida. Otro camino, hoy en día, no existe: es necesario que entre las ruinas se renueve el proceso desde el origen, lo que en función de élites y de un símbolo de soberanía o de autoridad, hizo unirse los pueblos dentro de los grandes Estados tradicionales, como formas que surgen de lo informe. No se debe entender que este realismo de la idea significa mantenerse en un plano, en el fondo, subpolítico: el plano del naturalismo y del sentimentalismo y más aún, el de la retórica patrioteria.

En el momento de apoyar nuestra idea, también hay que tener cuidado con las tradiciones nacionales: proque existe toda una 'historia patria' de inspiración masónica y antitradicional especializada en atribuir carácter nacional italiano a los aspectos más problemáticos de la historia de Italia: a partir de la rebelión de las Comunas apoyadas por el guelfismo. Así toma relieve una italianidad tendenciosa, en la cual, nosotros que hemos elegido el símbolo romano, no podemos ni queremos reconocernos. Esa 'italianidad' se la dejamos, con mucho gusto, voluntariamente a quienes con la 'liberación' y el 'partisanismo' han celebrado el "secondo Risorgimento".

Idea, Orden, élite, Estado, Hombres del Orden —éstas son las líneas que debemos mantener, mientras sea posible.

9. Algo debe ser dicho acerca de la cultura, aunque no demasiado, no vayamos a sobrevalorarla de hecho. Lo que nosotros llamamos 'visión del mundo' no se basa sobre libros; es una forma interior que puede encontrarse con más autenticidad en una persona sin una particular cultura que en un 'intelectual' y en un escritor. Se puede adscribir como hecho nefasto de la "cultura libre", al alcance de todo el mundo, que el individuo esté indefenso al influjo de todo género, cuando es evidente que no puede actuar frente a tales influjos ni es capaz de saber discriminar ni juzgar según un criterio recto.

Pero el razonamiento sobre esto no debe ser nada más que para decir que tal como están actualmente las cosas, existen corrientes específicas de las cuales, los jóvenes de hoy, que quieren unirse a nosotros, deben defenderse interiormente. Al principio hemos hablado de un estilo de rectitud y de una actitud interna. Este estilo implica un justo saber y en especial los jóvenes tienen que darse cuenta de la intoxicación operada en toda una generación por parte de una orquestada y varia visión del mundo distorsionada y falsa, la cual ha incidido en las fuerzas internas preci-

samente en el punto donde su integridad sería más necesaria. De una forma u otra estos tóxicos continúan hoy actuando en la cultura, en la ciencia, en la sociología, en la literatura, como tantos otros focos de infección que deben ser denunciados y atacados. Aparte del materialismo histórico y el economicismo, sobre los cuales ya se ha hablado, también son principales tóxicos el darwinismo, el psicoanálisis, el existencialismo, el neo-realismo.

Contra el darwinismo se debe reivindicar la fundamental dignidad de la persona humana, reconociendo su verdadero lugar, que no es el de una particular, más o menos evolucionada especie animal entre tantas otras, diferenciada por una 'selección natural' y siempre ligada a orígenes bestiales y primitivos, sino que a la dignidad humana hay que elevarla virtualmente más allá del plano biológico. Aunque hoy no se hable mucho de darwinismo, su sustancia todavía permanece. El mito biológico darwiniano en una u otra variante, en el materialismo, sea de la civilización marxista o en la americana, tiene un preciso valor de dogma defendido por los anatemas de la "ciencia". El hombre moderno se ha acostumbrado a esta concepción degradante y se reconoce en ella tranquilamente, la encuentra natural.

Contra el psicoanálisis debe prevalecer el ideal de un Yo que no abdica, que intenta continuar consciente, autónomo y soberano frente a la parte nocturna y subterránea de su alma y frente al demonio de la sexualidad; que no se siente ni 'reprimido' ni psicológicamente escindido, sino que realiza un equilibrio de todas sus facultades humanas ordenadas hacia la realización de un significado superior del vivir y del actuar. Puede ser señalada una convergencia evidente: la desautorización del principio consciente de la persona, el relieve dado al subconsciente, a lo irracional, al 'inconsciente colectivo' y similares del psicoanálisis y otras escuelas análogas, corresponden en el individuo exactamente a lo que la emergencia, el movimiento desde lo bajo, la subversión, la sustitución revolucionaria de lo superior por lo inferior y el desprecio por todo principio de autoridad representan en el mundo social e histórico moderno. Sobre dos planos diversos actúa la misma tendencia y los efectos no pueden sino integrarse recíprocamente.

En cuanto al existencialismo hay que distinguir aquello que es propiamente filosofía —una confusa filosofía— hasta ayer reducida a un pequeño grupo de especialistas, y es necesario reconocer el estado de ánimo de una crisis convertida en sistema y adulada, la verdad de un tipo humano roto y contradictorio que sufre como angustia, tragedia y absurdo una libertad por la cual no se siente elevado, sino más bien condenado, sin salida y sin responsabilidad, a un mundo privado de valores y de significado. Y todo esto, cuando ya un Nietzsche había indicado un camino para conquistar un sentido de la existencia también frente al más exasperado nihilismo, un camino para quien más allá de estas complicaciones y laceramientos, sabe darse a sí mismo una ley y un valor absoluto.

Finalmente, se deben tomar posiciones contra el así llamado neo-realismo, en el cual se identifica la existencia en general con sus grados más bajos e irracionales, complaciéndose en una especie de autosadismo. Y en esto hay quien siente una especial 'liberación': afín verdaderamente a esa política que se resuelve no en una elevación sino en una postración y degradación general. Contra esto se debe tener presente que la verdadera realidad de la existencia está allá donde ésta esté subordinada a un algo que vaya más allá, dejando atrás, por la voluntad de un "más", aquello que está vinculado a lo meramente humano.

Estas deben ser las líneas de superación, que no debemos tener intelectual y dialécticamente, sino vivencialmente, realizadas en su directo significado a través de una vida interior y en la propia conducta. No es posible alzarse de nuevo mientras se esté bajo la influencia de formas de pensar falsas y desviadas. Desintoxicados, podremos conseguir claridad, rectitud, fuerza.

10. En la zona que está entre la cultura y la costumbre se deberá precisar ulteriormente una postura. El comunismo ha lanzado la consigna de antiburguesía que ha sido recogida en el campo de la cultura y en ciertos ambientes intelectuales de "vanguardia". En esto hay un equivoco. Dado que la burguesía ocupa una posición intermedia, así pues existe una doble posibilidad para decir 'no' al tipo burgués, a la civilización burguesa, al espíritu y a los valores burgueses, en fin, una doble posibilidad de superar a la burguesía. Una de estas posibilidades corresponde a la que conduce todavía más abajo, hacia una subhumanidad colectivizada y materializada con su 'realismo' marxista: valores sociales y proletarios contra la 'decadencia burguesa' e 'imperialista'. La otra posibilidad es la dirección de quien combate a la burguesía para elevarse efectivamente por encima de ella. Los hombres del nuevo frente serán antiburgueses, pero por el camino antedicho de superior concepción, heroica y aristocrática, de la existencia; serán antiburgueses porque desdennan la vida cómoda; antiburgueses porque seguirán no a quienes prometen ventajas materiales, sino a quienes exigen todo de ellos mismos; antiburgueses, en fin, porque no tienen la preocupación de la seguridad sino que aman la unión esencial entre la vida y el riesgo en todos los niveles, haciendo suya la inexorabilidad del ideal desnudo y de la acción precisa. Otro aspecto aún por el cual el hombre nuevo, sustancia celular del movimiento que despierta, será antiburgués y se diferenciará de la generación precedente, es por su intolerancia para toda forma retórica y de falso idealismo, para todas aquellas grandes palabras que se escriben con letra mayúscula, para todo aquello que es sólo gesto, golpe de efecto, escenografía. Esencialidad, autenticidad, en cambio, hay en el nuevo realismo de medirse exactamente con los problemas que se impondrán, en el hacer de tal forma que lo que cuente no sea el aparentar, sino mas bien el ser, no el hablar sino mas bien el realizar, de modo silencioso y exacto, en sintonía con las fuerzas afines y en adhesión al mandato que viene de lo alto.

Quien contra las fuerzas de izquierda no sabe reaccionar sino en nom-

bre de los ídolos, estilo de vida y mediocre modalidad conformista del mundo burgués, ya ha perdido, por anticipado, la batalla. No es éste el caso del hombre de nuestra revolución, que está en pie, habiendo ya pasado a través del fuego purificador de las destrucciones externas e internas. Este hombre, de la misma forma que políticamente no es el instrumento de una pseudo-reacción burguesa, así, en general, recupera las fuerzas e ideales anteriores y superiores al mundo burgués y a la era economicista, y es con ellos con los que crea las líneas de defensa y consolida posiciones desde donde, en el momento oportuno, relampagueará la acción de la reconstrucción.

También a este respecto nosotros pretendemos reemprender una consigna no realizada: porque se sabe cómo en el período fascista hubo una tendencia antiburguesa que habría querido expresarse en un sentido similar. Desgraciadamente tampoco aquí la sustancia humana estuvo a la altura de las circunstancias. E incluso se supo hacer retórica de la anti-retórica. 11. Consideremos brevemente, por último, el punto de las relaciones entre las fuerzas no-rotas, íntegras, y la religión dominante. Para nosotros, el Estado laico, en cualquiera de sus formas, pertenece al pasado. En particular, nosotros nos oponemos al disfraz del estado laico, el llamado en ciertos ambiente 'Estado ético', producto de una débil, espúrea, vacía filosofía 'idealista' ya agregada al fascismo pero que por su naturaleza da igual tal aval que el juego 'dialéctico' de cubiletes de dados, que el antifascismo de un Croce. Una tal filosofía no es más que un producto de la burguesía laicista y humanista, sumada a la inflada presunción del 'libre-pensamiento' de un director de liceo conjugada al acto de celebrar la infinidad del "espíritu absoluto" y del "Acto puro": nada hay en esta filosofía de real, de claro, de firme.

Pero si nos oponemos a tales ideologías y al Estado laico, tampoco aceptamos un Estado clerical o clericalista. Un factor religioso es necesario como fondo para una verdadera concepción heroica de la vida, lo que debe ser esencial para nuestra lucha. Es necesario sentir en nosotros mismos la evidencia de que más allá de esta vida terrestre existe una vida más alta, ya que solamente quien siente de este modo posee una fuerza irrompible e indoblegable, sólo él será capaz de un lanzamiento absoluto —mientras que cuando esto falta, el desafío a la muerte y el poder despreciar la propia vida es posible sólo en momento esporádicos de exaltación o en el desencadenamiento de las fuerzas irracionales; tampoco puede existir una disciplina que se pueda justificar, para el individuo, con un significado superior y absoluto, autónomo. Pero esta espiritualidad que debe estar viva entre nosotros, no tiene necesidad de formulaciones dogmáticas obligadas. Ciertamente, si el catolicismo fuera capaz de apartarse del plano contingente y político, si fuese capaz de hacer suya una elevación ascética justamente sobre esta base, casi como continuación del espíritu del mejor Medioevo de los cruzados, si fuera capaz de hacer que la fe fuese el alma de un bloque armado de fuerzas, como si se tratara de una nueva Orden Templaria compacta e inexorable contra las corrientes

del caos, del abandono, de la subversión y del materialismo práctico del mundo moderno— ciertamente, en este caso, en nuestra opción no habría ni un instante de duda. Pero tal como están las cosas, es decir, dado el nivel mediocre y, en el fondo, burgués y mezquino, a que ha descendido hoy prácticamente todo lo que es religión, para nuestros hombres podrá bastar la pura referencia al espíritu, justamente como la evidencia de una realidad trascendente que se debe invocar no por evasión mística o como coartada humanitaria, sino para infundir fuerza a nuestra fuerza, para presentir que nuestra lucha no es sólo una lucha política, para atraer una invisible consagración sobre un nuevo mundo de hombres y de jefes de hombres.

Estas son algunas orientaciones esenciales para la lucha en la que se va a combatir, sobre todo con especial atención para la juventud, para que esta recoja la antorcha y la consigna de quien aún no ha caído, aprendiendo de los errores del pasado, sabiendo discriminar y volver a ver todo lo que ayer ha experimentado y que aún hoy experimenta, de situaciones contingentes. Esencial es no descender al nivel de los adversarios, no reducirse a agitar simples contraseñas, no insistir en demasía sobre lo que del ayer, que aun siendo digno de ser recordado, no tenga valor actual e impersonal de idea-fuerza, no ceder a las sugerencias del falso realismo politiquero, tara de todo "partido". Es también necesario que nuestras fuerzas actúen en la lucha cuerpo-a-cuerpo política y polémica para crearse todo el espacio posible en la situación actual. Por otra parte, es importante, es esencial que se constituya una élite, la cual, con aguerrida intensidad, defina con rigor intelectual y una intransigencia absoluta la idea, en función de la cual se debe estar unidos, y afirmar esta idea sobre todo, en la forma del hombre nuevo, del hombre de la resistencia, del hombre recto entre las ruinas. Si es dado rebasar este periodo de crisis y de orden ilusorio, aparente, sólo a este tipo de hombre corresponderá el futuro. Pero si el destino que el mundo moderno se ha creado, y que ahora lo arrolla todo, no pudiese ser contenido, junto a tales premisas las posiciones internas serán mantenidas: en cualquiera que sean los eventos lo que pueda ser hecho será hecho y perteneceremos —entonces— a aquella patria que ningún enemigo podrá nunca ocupar ni destruir.

